

PRIMER PREMIO

V CERTAMEN LITERARIO DE RELATO BREVE ALFONSO MARTÍNEZ-MENA

Cosas que pasan a la vez

Por Teresa Núñez

Lema: Aitor Iglesias

Bruno iba sentado de cara a la marcha cuando el vagón se llenaba por completo. Siempre pasaba de esta forma. Gentes apelotonadas en los pasillos, gentes metiendo los codos en los riñones de otras gentes. Hombro a hombro, aquel día y otros días, todo igual. Bruno, sentado, miraba los rostros y anotaba uno a uno los nombres que tenían ya significado en su fuero interno. Sabía la procedencia de cada cual y cómo terminarían el viaje diario de las siete y cuarto. A veces, con un sopor tórrido que embadurnaba de calina los andenes; otras, desafiando el helado rigor de los dedos en el fondo de los bolsillos. Subir, tomar asiento junto a la ventanilla, mirar alrededor y encontrarse con los mismos rostros todas las mañanas era lo más habitual del día. Llevaba cuarenta años haciéndolo y no concebía la existencia diaria sin aquel rito.

Sólo que aquella mañana, Bruno perdió el tren.

En otras mañanas como esa, si conseguía su asiento y el sueño no turbaba demasiado los recuerdos, se encontraba de frente con el rostro de Silvana. Los voluminosos labios, la piel oscura y el mirar entre dulce y atrevido. Casi siempre vestía de rojo porque aquel color se apretaba mejor a su cuerpo y la hacía arder. A Silvana le gustaba arder. Ciertamente Bruno nunca le había dicho nada. La sabía con hombre. Muchos detalles, que a otros podían pasar desapercibidos, obligaron a Bruno a conocer secretos de su corazón. A veces, Silvana paseaba en los ojos pequeñas estrellas. Mientras el tren atravesaba andenes, ella se dejaba prender en el recuerdo de la noche pasada y sonreía ligeramente, escondiendo en sus labios un atisbo de felicidad. Silvana no solía comentar en voz alta su nombre por si alguien descubría su situación de ilegal. Cuando la contrataban en una casa, en unas oficinas, en el acto de presentarse a la entrevista con su contratante no podía decir nada. La mayor parte de las veces, no firmaba en ningún sitio. Todo era solapado y tácito. Se le preguntaba cuánto quería y ella respondía que *“lo que se acostumbra acá”*. Y abusaban de sus circunstancias, por supuesto. El ser humano es un abusador congénito. *El mercado está mal*, le decían como justificación. *Vosotros tenéis la culpa, lo habéis saturado*. Y Silvana oprimía contra su lateral aquel bolso con sus iniciales que ella misma había bordado en color plata, y se iba calle abajo, plaza abajo, se iba contoneando las caderas en un vaivén casi desacompasado, mucho más notable a la izquierda que a la derecha, quizá debido a que uno de los zapatos estuviera más desgastado y ella no pudiese pagar una pieza nueva. O tal vez porque le gustaba simplemente. Porque le hacía parecer más alta a sus propios sentidos y así olvidaba un poco que era inmigrante sin futuro, que nunca podría llevar allí a sus hijos desde el otro lado del mar. En ocasiones, las luces que viajaban

en sus ojos se difundían y ella miraba simplemente. Veía pasar las casas del otro lado del tren y no entendía siquiera el color de los tejados. Por eso abría las manos, aplastaba los dedos cetrinos contra el cristal y acaso deseara bajar la ventanilla para asomar la cabeza y obtener el aire que allí dentro estaba ya viciado. A Bruno le asaltaban unos deseos inexplicables de hablarle, pero sabía que en esos momentos Silvana se había encerrado en un reino hermético y el tren, en realidad, iba atravesando algún manglar, alguna vasta plantación de caña azucarera, alguna ciénaga profunda donde pernoctaban los yacarés. Y entonces Bruno escuchaba cruzar sobre sus cabezas la gritería de los papamoscas y trepajuntos, las cacatúas y los sietecolores. El mundo era un pajonal emergido de las tinieblas donde el sol filtraba un reguero de oro pálido y la noche traía la llamada de la niñez. Y Bruno ignoraba si todo aquello que escribía su mente había existido nunca en el lugar de nacimiento de Silvana, pero lo ubicaba en el pasado de ella y el lamento sordo del tren cruzando los andenes resultaba un vagido fantasma en el vacío de la historia.

Pero aquella mañana, Bruno perdió el tren.

Tampoco había visto a Carlos, el estudiante de la mochila zanahoria. Carlos nunca encontraba sitio. Tal vez lo hiciera adrede, quién sabía, porque estar de pie habilitaba cierta movilidad y Carlos era mal asiento. Inquieto, iba y venía a lo largo del pasillo, cargando su mochila, y si conseguía un hueco cerca de la puerta se apoyaba en ella para sacar su game-boy, con la que jugaba y jugaba sin parar. A Bruno siempre le había fastidiado el sonido de estas maquinitas, en ocasiones un gemido continuo. Alguien se dejaba matar por algo y el artefacto emitía un aviso para advertir enseguida en letra fosforescente: *game over*. Carlos empezaba una y otra vez. Traqueteaban los raíles por debajo del grito furioso, de la campanilla tenaz de su artilugio y él no se daba cuenta de nada. Le obsesionaba terminar cierto recorrido, pasar a la siguiente fase. No advertía que era totalmente imposible. A Bruno le daba pena, y algunas veces rabia, aquel empeñamiento que volvía violácea la mirada del muchacho. En esos momentos, Carlos era una continuidad de su ingenio. *Un érase un hombre a una máquina pegado*. Y a Bruno le parecía el ejemplo patético de una juventud mal acostumbrada. Solía recordar entonces sus primeros años de trabajador, allá en su tierra natal, y en un veloz retroceso volvía a sentir sobre la piel la grasa de las locomotoras de la mina. Se veía a sí mismo embadurnando las juntas dentro del maldito tubo metálico en el que apenas podía respirar, jurándose una y otra vez que no pensaba quedarse así toda su puta vida. Una y otra vez entre reniegos, a veces entre lágrimas de rabia. Tenía catorce años recién cumplidos y sólo algún domingo jugaba al fútbol en la explanada trasera de la estación. Era hábil en pasar el esférico hecho de trapos y en tirar a puerta, si podían recibir ese nombre los tocones de madera que señalaban la portería. A veces, Bruno se preguntaba lo que sería de la estación de su pueblo, y del llano que les sirviera por aquel entonces de estadio, y también, aunque

procuraba alejar esto último, dónde estarían los amigos que jugaron con él, que vivieron con él la miseria y las dificultades de una sombría posguerra, aquel llevar cuellos vueltos, calcetines zurcidos en huevos de madera, abrigos forrados una y otra vez por las manos de una madre tenaz y milagrera que no se cansaba nunca de enfrentar calamidades. Carlos, en cambio, no sabía nada de eso. No solo jugaba obsesivamente con su odiosa máquina, sino que aborrecía los libros. Bruno imaginó que alguna vez los olvidaría dentro de su mochila zanahoria, en cualquier vagón de cercanías del que se bajaría escuchando sólo el *game-over* mortal de su juego. Seguramente estudiaba un módulo de sonido o electricidad. No daba para más su cabeza. Y tenía un padre que trabajaba de sol a sol como representante de licores, desgastado en el trajín de unos clientes con los que siempre acababa bebiendo más de la cuenta; y una madre sudorosa en la cocina oscura de un restaurante de mala muerte. Y qué más le daba a él, con su máquina, sus salidas *fin-de* a las discotecas, su chica, sí también ella existía, y se acostaba con ella sin acordarse de usar preservativo, y con ella se metía pastillas entre pecho y espalda para no terminar nunca la marcha, hasta el domingo, todo rápido y desordenado, hasta el lunes, vuelta a la academia otra vez...*game-over...game-over...*

Bruno tenía que desviar la vista para no morderse los labios con rabia hasta hacerse sangre. Solía buscar entonces la figura familiar de Enrique. Le reconfortaba saberlo cerca. Porque Enrique sí se parecía a él mismo años atrás. Con el periódico entre las manos, se precipitaba al primer asiento libre sin escogerlo siquiera. Y devoraba la letra impresa desde el final a la primera plana, empezando por los deportes y saltando las hojas que hablaban de política. Algunos lunes le había visto expresión de vencedor nato. Solía coincidir con el triunfo de un equipo determinado, por lo que Bruno logró conocer, incluso, su fidelidad a cierto color. Y aunque no pronunciaba impropiedades cuando se detenía en las fotos, la expresión de incredulidad ante un penalti fallido reemplazaba a la decepción por una jugada mediocre o al entusiasmo ante el tanteo final, logrando escribir la historia del encuentro futbolístico mejor que ningún cronista. Enrique dejaba en Bruno regusto de tiempos pasados, cuando la próstata no le carcomía los entresijos y era capaz de aguantar cuarenta y cinco minutos con alto en bocadillo-bota de vino y chistes obscenos sobre la grada. A Enrique le unía con Bruno, además, el salto de la ceja si encontraba algo de interés en la lectura y ese rictus, a medias costumbre de tabaco ya dejado por imperativo de salud, que algunas veces se deshacía en la comisura del labio cuando cruzaban unas rodillas descubiertas, una falda que se abría al costado, un suéter en el que bailaban provocadoramente los dos mundos más perfectos que ellos – Enrique y Bruno- podían contemplar. A Enrique, con sus aproximados cincuenta, se le advertía incapaz de vencer la llamada del cuerpo. Había sido joven desaforado, buscador impenitente y noviero en todos los lances de portal oscuro y asiento de coche al descampado. A

Bruno, un embarazo imprevisto de Dolores le condujo de narices al altar. Ahora se arrepentía de no haberlo esquivado. Se hubiese hecho cargo del fruto, no de la mata entera. Si bien mirado, una mujer hacía falta. Ofrecía seguridad una mujer, sí, y una casa ordenada a la que regresar todas las noches. Y por eso, la camisa limpia de Enrique, la raya exactamente dispuesta del pantalón, el olor a colonia con que ella proveía el frasco, aquel evitar los vacíos molestos de las cosas que resultan de urgente aplicación. Una casa bien atendida, con el jabón en el lavabo, el papel higiénico dentro del portarrollos, los sobres en el primer espacio de la consola, los llaveros balanceándose cada uno de un clavo junto a la puerta. Sí. Las manos de Dolores recogiendo las servilletas en los aros, regando geranios, doblando las sábanas y echando al cesto la ropa por lavar eran manos necesarias. Pero ¿no lo eran acaso las nalgas de la auxiliar de enfermería, el pecho izquierdo que la camarera enseñaba mientras servía el café, el ombligo de la estudiante, mordido por un piercing en el que se guarecían los primeros rayos del sol? Y Bruno sentía un dolor pequeño, sordo, y hasta maldecía por las cosas inútiles que al ser abandonadas habían arrastrado consigo la pasión. Se preguntó si Enrique había sabido conservarla. Vio que las manos con que abatía, una a una, los hojas del diario, eran manos reposadas, había cierto latido sereno y sin confusión debajo de las uñas, pero se dio cuenta de que estaban muy limpias. Ni una menuda orla oscura las alborotaba. Enrique no se había comprometido con la grasa. Su exquisito cuidado en la elección de la camisa a tono con el traje decía a las claras que era un alto ejecutivo, cansado de tomar el coche todos los días para cubrir los kilómetros que le separaban de su trabajo. Y Bruno recordó al niño de catorce años metido en el tubo de las locomotoras y se dijo que, de no haber vivido una posguerra, él también sería directivo de una empresa notable. Hasta en eso se hubieran parecido. Enrique, como él, tenía un hogar seguro. Por lo general, no se valora una cosa que todos los días está al alcance de los deseos. Y estos, con el tiempo, acaban por morir en cualquier sillón cómodo, empujados también por el miedo a lo desconocido. Vivir era como acudir por primera vez al dentista. Si no dominas el ritual de un dolor, te sobrecoge. No por su impetuosidad o su potencia, sino por el desconocimiento que de él se tiene. Más tarde, al cabo de ocupar el asiento giratorio, el miedo desaparece. Se convierte en una historia posible en la que el hombre sobrevive al hecho y lo domina.

Aquella mañana, sin embargo, Bruno perdió el tren.

Lo vio pasar por delante con un desesperado gesto de impotencia. De forma mecánica, consultó el reloj de pulsera y notó que el tren había arrancado con adelanto. Muchas otras personas iniciaron un conato de carrera para abandonar inmediatamente. Bruno se quiso convencer de que no era vital. Subiría al siguiente, apenas diez minutos separarían la hora de llegada. Pero una inquietud sin meta se fue apoderando de él. Entonces recordó que había visto la imagen de Elena sentada en una de las ventanillas de la derecha, y le pareció extraño porque ella siempre elegía la

izquierda. El sillón giratorio del dentista. ¿Iría Elena con asiduidad al dentista? Tenía los dientes iguales, blancos, era una suerte contar con dientes perfectos. Bruno pensó que si él los hubiera tenido estaría sonriendo continuamente. Elena no. Elena bajaba la cabeza y la metía en el hueco de sus hombros huesudos y apenas sí se atrevía a describir círculos de un lado a otro con los ojos para captar la hora, el cierre de las puertas y los polígonos industriales detrás del cristal. Cuando el cercanías llegaba a Madrid, Elena se levantaba estremecida, como pensando que si esperaba un solo minuto alguien la abordaría en el vagón. Bruno hubiera entrecruzado algunas palabras con Enrique, con Silvana, cosas que siempre se dicen cuando uno viaja con las mismas gentes y su vida va transcurriendo al mismo tiempo que las otras vidas. Frases entrecortadas sobre la hora, el frío, el calor... Ese *usted perdone* o *¿baja usted?* necesarios casi siempre como una rendija en la apertura de una puerta por la que va a entrar la luz. Con Elena, por el contrario, nunca lo hubiera conseguido. Ni siquiera un saludo. Resultaba absurda la timidez de aquella mujer que ya había sobrepasado la cuarentena. Más que absurda, preocupante. Bruno creyó encontrar en su rostro rasgos de una leve esquizofrenia. El había tenido un primo esquizofrénico, Melchor, que un buen día se subió a lo más alto del acantilado y se tiró al vacío. Nadie le contó la verdad de aquella historia hasta que, siendo ya mozo, la fue recomponiendo de retazos de otras historias que arrancó a sus tíos y abuelos. Su infancia tenía episodios tomados de aquí y allá, completados en ocasiones por fotografías o cartas en donde se desvelaban los hechos a medias. Las frases *lo que todos conocen* o *lo que ya sabes* encubrían secretos terribles de familia que habían reposado en los profundos baúles, entre la seda de los vestidos de novia y las cornucopias doradas. Elena se lo hacía recordar. Su desgracia (lo llamó así desde que se dio cuenta de ella) la acompañaba temblando, prisionera en el marasmo de unos ojos que, más que espiar, acusaban.

Los pesados vagones metálicos cruzando delante de Bruno con su rugido inalterable dividieron de pronto su vida, la desgajaron del resto de las cosas y las personas que hasta esa mañana le habían acompañado. Comprendió al momento que algo gravísimo había ocurrido. Elena, sentada en el lado que no correspondía, se convirtió, inesperadamente, en la mujer antipática que él ignoraba, engreída y soberbia, no esquizofrénica, de raíces tan distantes como para no soportar que nadie la mirase o la saludara, de idiosincrasia tan altiva que no permitía el más leve acercamiento a un compañero de viaje. El mismo Enrique se alejó de él de forma sorprendente. Sus manos fueron a colocarse en el mostrador detrás del cual era un simple conserje de hotel modesto y su periódico quedó abierto por la página de los anuncios que solían interesarle, los de contactos, los primeros en ser repasados uno a uno todas las mañanas, mientras en el cerebro crecían los encuentros que la fantasía de Enrique fraguaba para huir de su tediosa realidad. Entonces, Silvana dejó también de ser Silvana porque se llamaba Carmen y había nacido en España de madre

colombiana y padre desconocido, y siempre tuvo sus papeles en orden, y nunca se había bordado los bolsos, los compraba con la inicial de la marca que la fábrica quiso ponerles, y si trabajaba en una güisquería y regresaba a Madrid a esas horas para dormir, no lo hacía por sus hijos de allende los mares, ya que nunca salió de su ciudad y ni siquiera podía tener hijos debido a una gonorrea cogida de cierto novio muchos años atrás. Así cruzaron todos por delante de Bruno, fuera ya de sus sitios fijos. Ni siquiera Carlos, sentado y semidormido contra una ventana, ese día sin game-boy y acaso un poco desprotegido, un poco vulnerable como nunca, ni siquiera él logró resistir el instante, porque iba a trabajar todas las tardes a la pizzería y aún pagaba a plazos la moto que se vio obligado a comprar, y no había conseguido volver con la estúpida de Nina, y jamás se permitió el lujo de probar un porro o un éxtasis porque hubiera sido terrible que su madre lo supiera. Así todos, en el sonido lúgubre de las ruedas, en el grito incesante más y más ensordecedor del tren, cruzaron y se perdieron dentro de aquel vagón de cercanías camino de Madrid.

Todo ocurrió en un segundo horrible. Bruno quedó sobre el andén sucio de la estación con las manos lacias, los ojos desesperadamente fijos, la boca a punto de gemir, extenuada. Durante un momento, que se le antojó el más largo de su existencia, creyó que despertaría de la pesadilla y se vería como por ensalmo dentro de aquel tren. Pero no fue así. Notó que la sangre ya no fluía en sus mejillas, que la vida volvía a ser un camino de una sola dirección y nada podía ocurrir al mismo tiempo porque estaba fuera de todo proyecto. Las casas se desvanecieron, ¿o quizá eran sus ojos los que decidían responder con la niebla? Ya no recordaba el último día en que debió acudir a su trabajo y esperó en aquella estación la llegada del cercanías. Ahora no tenía urgencias. Dolores se marchó una tarde llevándose al hijo, harta de oírle explicar por qué se había casado con ella. En la casa se amontonaba la ropa sucia, los frascos de colonia estaban vacíos y el papel higiénico nunca era colocado en el portarrollos. Ahora no tenía nada sino setenta y nueve años y sus cosas ya no contaban en la historia de nadie.